

EDITORIAL

EL SIGNIFICADO DE LOS MARTIRES EN EL MOMENTO ACTUAL DEL PAIS

Al celebrar el sexto aniversario de los mártires de la UCA queremos reflexionar sobre su significado en el presente¹, si es bueno y necesario recordarlos y por qué. La ocasión nos la ofrecen los mártires que acabamos de mencionar, pero la reflexión se extiende a los miles de personas que dedicaron su vida al triunfo de la verdad sobre la mentira y de la justicia sobre la opresión, vida que les fue arrebatada injusta y violentamente.

Nuestra tesis fundamental es que el mantener presentes a los mártires es necesario para las Iglesias, pero también —y lo decimos en sentido estricto— para la actual sociedad salvadoreña, en lo que nos vamos a concentrar. Y lo son por varias razones que convergen. En primer lugar, ignorarlos empobrece al país porque introduce en la conciencia colectiva graves males sociales, como la ingratitud y el encubrimiento. En segundo lugar y en positivo, su recuerdo, por una parte, sigue desenmascarando el engaño y la injusticia en el presente, y, por otra, potencia lo positivo que existe en algunos pasos que se han dado, moviendo a sobrepasarlos. Por último, los mártires introducen en el país valores y bienes sociales, hoy muy necesarios, como son la verdad, la reconciliación, la justicia, la esperanza, que no son propiciados —con alguna excepción— por la mayoría de las instituciones del país ni por la cultura que impone el proyecto neoliberal —y añadamos que para ésta los már-

tires no sólo no son necesarios, sino que son más bien un obstáculo para sus propósitos.

Dicho en metáfora que hemos usado otras veces, también el espíritu tiene sus necesidades ecológicas, necesita respirar aire puro y no contaminado. Pues bien, los mártires son los que, muy principalmente, purifican el aire que respira la sociedad salvadoreña y ayudan a que se configure correctamente la conciencia colectiva del país. Ignorarlos y reprimir su recuerdo es, entonces —estrictamente hablando—, una aberración ecológica social: contamina todavía más el aire que respira el espíritu. Esto es lo que significan las palabras tan repetidas de don Pedro Casaldaliga: “¡Ay de los pueblos que olvidan a sus mártires!”.

A continuación vamos a analizar el aporte de los mártires a la humanización de nuestro país en la actualidad, pero para no caer en idealismos comencemos analizando lo que la sociedad está haciendo con ellos.

1. Los mártires como juicio a nuestra sociedad actual

Aunque hay muchos en el país, personas y grupos, que recuerdan a los mártires, en conjunto se ha cernido un gran silencio sobre ellos. Con ese silencio, aparentemente educado y benévolo —ya no se repiten las difamaciones, persecuciones y asesinatos en el pasado—, se intenta privarles de realidad, como si remitirnos a ellos significase salirnos de nuestro mundo y de nuestra sociedad actuales, y se intenta relegarlos al pasado, como si ése fuese su lugar natural. Se trata, pues, de introducir en la conciencia colectiva del país que martirio e irrealidad, martirio y pasado son correlativos. Y lo más importante es saber el por qué de ese intento. Pero antes, comencemos con los hechos incontrovertibles, los *dura facta* que decían los antiguos.

En el ámbito de la sociedad civil, gobernantes, militares, políticos, embajada de Estados Unidos, banca, empresa privada, no mencionan a los mártires ni menos los presentan como salvadoreños ejemplares en quienes debemos mirarnos hoy. Esto es tan obvio que suena a ironía el mencionarlo, pero no, por obvio, ese silencio deja de ser nocivo para el país. Ante todo, hay que recordar que en su día los estamentos mencionados hablaron sobre muchos de

los que ahora son considerados mártires. ¡Qué cosas no dijeron de ellos, de Monseñor Romero, del Padre Ellacuría, de las cuatro religiosas norteamericanas violadas y asesinadas, de los masacrados en El Mozote y El Sumpul! Mucho hablaron entonces y nada dicen ahora.

Y si se dice que las cosas han cambiado, éste es un argumento en contra y no a favor del silencio. Si es verdad que hemos pasado del enfrentamiento a la reconciliación, es necesario en algún grado el otorgamiento mutuo del perdón —y no se ve que las instituciones pidan perdón a los mártires que produjeron, aunque muchos de ellos sí lo hicieron antes de ser asesinados. Si es verdad que hemos pasado a la democracia y al estado de derecho es importante hacer presente a quienes cultivaron los valores y realidades sobre la que se basa aquélla: libertad, igualdad, fraternidad —“entrañas de misericordia”, en términos evangélicos, “justicia” y “derechos humanos”, en términos históricos. Mal está que las instancias (del signo que sean) responsables de haber hecho mártires no hayan pedido perdón, tergiversando la naturaleza de éste con amnistías precipitadas que perpetúan la impunidad; pero peor es mantener el silencio y, como veremos, justificarlo.

Tampoco han mencionado a los mártires, o al menos no con la debida convicción, la mayoría de los jefes eclesiásticos, con la excepción de Monseñor Rivera y su empeño en la canonización de Monseñor Romero. La Conferencia Episcopal no ha escrito en quince años un documento serio sobre los miles de salvadoreños a quienes les quitaron la vida, como a Jesús, por haber defendido a los pobres y denunciado a los poderosos, o como al siervo sufriente de Jahvé, inocente e indefensamente. El simple fiel comienza a sentir ese silencio y acaba por introyectarlo, y lo que se enseña de teología oficial tampoco habla mucho de los mártires ni hace de ellos una realidad cristiana central. Este silencio de la Iglesia no tiene por qué ser hipócrita, como en el caso anterior, pero en el fondo es menos comprensible, pues su principio y fundamento reposa, precisamente, sobre el *mártir* Jesús de Nazaret.

Para justificar estos silencios se aduce, en lo social, que las cosas han cambiado, y de ahí concluyen —sin que la lógica lo exija— que hay que olvidar el pasado; más aún, pareciera que recordar a

los mártires traería ahora más males que bienes: traumas sociales e intolerancia, cosas todas que deben desaparecer del nuevo El Salvador. La nueva democracia necesita, más bien, un ambiente psico-social distinto: pluralismo, tolerancia, diálogo... En resumen, recordar a los mártires sería un obstáculo más que una ayuda para que el país avance, sobre todo en la reconciliación. Y los ideólogos lo elevan a teoría: los movimientos de liberación y la misma religión necesitan atemperarse. Y una ayuda para neutralizar su potencial de agresividad consiste en guardar silencio sobre mártires y caídos.

¿Qué decir de este modo de pensar que no sólo no agradece ni propone como modelos a hombres y mujeres honrados, veraces, compasivos, generosos, sino que ni siquiera les conceden un lugar en la sociedad actual y los quieren hacer desaparecer —y ello para bien del país? Tratando de buscar alguna lógica a estas afirmaciones, se puede conceder que recordar lo que el martirio tienen de asesinato y de negrura, pudiera suscitar todavía reacciones descontroladas —aunque olvidarlos simple y llanamente puede facilitar la repetición de la barbarie. Pero es incomprensible pensar que lo que el martirio tienen de testimonio y de luminosidad, de honradez, de generosidad, de compasión y de amor, sea nocivo para el país y para el proceso de paz.

Que no es nocivo, sino muy beneficioso, lo analizaremos más adelante. Baste ahora responder programáticamente a los ideólogos del olvido, que es cierto que la tolerancia es buena, pero también es cierto que de ella a la indiferencia no hay más que un paso, y así, democracias tolerantes pueden contemplar, sin pestañear, cómo cunde la miseria y la injusticia en nuestro país y cómo se mueren de hambre en el mundo anualmente de veinte a treinta millones de seres humanos. Ciertamente es que la democracia puede ser buena para atemperar la agresividad del pensamiento revolucionario y religioso, pero es también cierto que de ello al adormecimiento social no hay más que un paso, y por ello el potencial profético/utópico de lo religioso sigue siendo necesario para espolear a democracias sin entrañas. Ciertamente es que debe fomentarse el pluralismo, la diversidad en formas de pensar y de creer, pero también es cierto que no puede entenderse simplemente como pluralismo la diversidad que tenemos en nuestro país entre quienes dan la vida

por supuesto y quienes lo que no dan por supuesto es precisamente la vida. Los ricos Epulones y los pobres Lázaros de nuestros días no son ejemplo de pluralismo, sino expresión de diferencias abismales, injustas y crueles.

A estas razones hay que añadir otra del lado eclesiástico. Para algunos estamentos eclesiásticos nunca han existido tales mártires, sino a lo sumo ingenuos cristianos de buena voluntad que han cooperado con movimientos revolucionarios. Los más burdos lo han expresado con estas o semejantes palabras: "ellos se lo buscaron al meterse donde no les tocaba", palabras pronunciadas en su día incluso por algunos obispos, nuncios y cardenales, dentro y fuera del país, cuando asesinaron a Rutilio Grande, a Monseñor Romero y a los jesuitas de la UCA. Otros objetan el uso de la palabra *mártir* hasta que la jerarquía eclesiástica vaticana no se pronuncie sobre ello. Pero además de esa instancia, y con prioridad lógica sobre ella, está el *sensus fidelium*, el sentir del pueblo de Dios que los proclama mártires, como admirablemente y con gran precisión teológica lo dijo Monseñor Romero:

Para mí que son verdaderos mártires en el sentido popular. Naturalmente yo no me estoy metiendo en el sentido canónico, donde ser mártir supone un proceso de la suprema autoridad de la Iglesia que los proclame mártires ante la Iglesia universal. Yo respeto esa ley y jamás diré que nuestros sacerdotes asesinados han sido mártires todavía canonizados. Pero sí son mártires en el sentido popular. Son hombres que han predicado precisamente esa incardinación con la pobreza. Son verdaderos hombres que han ido a los límites peligrosos, donde la UGB amenaza, donde se puede señalar a alguien y se termina matándolos, como mataron a Cristo. Estos son los que yo llamo verdaderamente justos (Homilía del 23 de septiembre de 1979).

En este país y en este mundo vivimos. Es escalofriante constatar que nuestro mundo no sabe qué hacer con los mejores seres humanos, desde Sócrates a Jesús, desde Martin Luther King a Mons. Romero, desde Juana de Arco a las cuatro religiosas norteamericanas, desde Gandhi al Padre Ellacuría. Los mata, y después los quiere sumir en el olvido —o celebrarlos siglos después cuando ya no molestan. Da muerte a sus cuerpos y después quiere dar muerte para siempre a su espíritu. ¿Y por qué? Porque los mártires

—como Cristo crucificado— son juicio a nuestro mundo, muestran su verdad y su pecado. “Se mata a quien estorba”, decía Monseñor Romero. Y una vez muertos, podemos seguir diciendo que “se olvida a quien estorba”. Esta es la razón fundamental para olvidar a los mártires.

La conclusión es que se quiere relegarlos al pasado —como está ocurriendo también con el pensamiento liberador, la teología de la liberación, las comunidades de base, la generación de obispos surgidos alrededor de Medellín... Las consecuencias, resumámoslo, son funestas. Crece la deshumanización al no mostrar agradecimiento a los mejores de entre nosotros, se dificulta la reconciliación al ocultarse la problemática inherente al perdón, se mantiene el encubrimiento al no abordar la realidad de las víctimas y los victimarios. Se empobrece el país al privarse de importantes bienes sociales y no poner el freno necesario a lo que de males trae consigo el neoliberalismo, la globalización, la modernización del estado...

Estos son los males sociales que provienen de relegar al pasado a los mártires. Veamos ahora lo positivo de recordarlos.

2. Los mártires, sacramentos actuales de liberación y humanización

La afirmación de que los mártires liberan y humanizan nos parece central, pero puede ser escandalosa y necesita aclaración. Puede ser mal comprendida como utopía sin realismo, y puede ser confundida con una postura fanática y aun masoquista. Por ello quisiera hacer unas breves precisiones antes de analizar cómo y en qué sentido los mártires nos traen liberación y humanización.

En primer lugar hay que distinguir lo que en el martirio hay de negrura y de misterio de iniquidad —el asesinato—, y lo que en el martirio hay de luz y de misterio de salvación —la fidelidad del amor hasta el final. Lo que humaniza son los mártires en vida, es decir, la *vida* de los mártires. Esta expresa la *materialidad* del amor y de la verdad con que vivieron, mientras que su *muerte* infligida expresa la *formalidad* de ese amor y de esa verdad: hasta el final. Humaniza, pues, la vida de los mártires —no, obviamente, la barbarie de haber sido asesinados— y humaniza el que la hayan vivi-

barie de haber sido asesinados— y humaniza el que la hayan vivido libremente, sin reservas, hasta el final, y sin que nada —ni la muerte— pusiera límites al compromiso.

En segundo lugar hay que recalcar que el potencial humanizador de los mártires no se deduce de forma meramente conceptual, sino que está basado en la experiencia de la realidad. Muchas veces he preguntado a gente sencilla quién fue Monseñor Romero, y la respuesta en lo fundamental ha sido unánime: “Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres y por eso lo mataron”. De esta forma asientan, a la vez, la negrura y maldición del darle muerte, y la luz y bendición que fue su vida. Mártir, pues, no es para ellos alguien que ha sido simplemente asesinado, sino alguien a quien le han quitado la vida por razones bien precisas: por decir la verdad y por defender al pobre. Al hablar así, aun sin saberlo, están unificando las dos tradiciones cristianas sobre el martirio. Una, más en la línea de la verdad, según la cual mártir es el que con su vida da testimonio de la verdad. Y la otra, más en la línea del amor, según la cual mártir es el que entrega la vida por amor a los hermanos. Lo más importante, sin embargo, es que ven en los mártires una buena noticia, una fuente de humanización y de esperanza.

En tercer lugar hay que distinguir entre lo que podemos llamar mártires activos y confrontativos, profetas como Monseñor Romero e Ignacio Ellacuría, y mártires indefensos e inocentes, como los niños, las mujeres y los ancianos de El Mozote o el Sumpul. Qué de humanización aportan los primeros, lo analizaremos a continuación. Los segundos traen —según la fe— la misteriosa salvación del siervo sufriente de Jahvé², que tanto le impactó existencial e intelectualmente a Ignacio Ellacuría: “sólo en un difícil acto de fe el cantor del siervo es capaz de descubrir lo que aparece como todo lo contrario a los ojos de la historia”³. Esa salvación que traen las mayorías crucificadas se traduce históricamente en que exigen conversión a la sociedad, ofrecen luz sobre lo que ella es en sí misma, otorgan dirección a la utopía a la que debe apuntar —la vida justa y digna de los pobres—, y a los creyentes les ofrecen un potencial evangelizador, como dice Puebla, y la presencia escondida de Dios, pues ellos son “el gran signo de los tiempos”, como dice Ellacuría.

En cuarto lugar, si la vida de los mártires es lo que humaniza y libera, eso es lo que hay que proseguir, actualizadamente, en la sociedad. Esa vida tiene sus concreciones, y lo que los mártires muestran es que la verdad y el amor se *pueden* hacer presentes en la sociedad a través de una variedad de ellas, pero muestran también que se *tienen* que hacer presentes a través de concreciones. En el caso de Monseñor Romero su concreción fue el ministerio arzobispal; en el caso de los jesuitas de la UCA su concreción fue el saber universitario —y de ahí lo importante, en este caso concreto, de que la UCA prosiga la *vida* de los mártires produciendo saberes universitarios, críticos y constructivos⁴. Pero a esto hay que añadir que, a través de esas concreciones, estos mártires *universitarios* fueron también universitarios *mártires*, es decir, cargaron con lo oneroso de la realidad, y de esa forma trataron de revertir la historia, redimirla. Y eso pertenece también al talante *martirial* de vivir cualquier concreción histórica.

Por último, queda la tarea de historizar, según épocas y coyunturas, en qué consiste lo específicamente humanizador de los mártires. En nuestro país, durante los procesos de liberación de los años setenta y ochenta, los mártires ayudaron a desenmascarar la mentira y a que saliera a luz la verdad de una realidad pavorosa, y también ayudaron —según la paradoja cristiana— a que abundase el ánimo, el compromiso y la esperanza, y a buscar soluciones concretas a la injusticia. Ellos mismos fueron la máxima expresión de todo un movimiento de liberación, masivo y poderoso.

Ahora, algo han cambiado las cosas, y por ello hay que analizar su potencial humanizador. En una sociedad asentada sobre el neoliberalismo y el sistema de democracia, sin los masivos movimientos de liberación, el recuerdo de los mártires puede actuar a la manera de levadura, pequeña, pero real, y con la capacidad de hacer crecer a la masa, la conciencia colectiva de las mayorías, y la dirección humana que debe tomar la sociedad. Esto es lo que queremos analizar a continuación.

a) La verdad que redime la mentira

En el pasado reciente de nuestro país se ha encubierto y manipulado la verdad hasta el extremo de la tergiversación: se ha

hecho pasar por culpables de los males a los pobres, mientras que los poderosos han sido presentados como la fuente de todo bien. Se presentó a Monseñor Romero como malo, y bueno fue quien ordenó asesinarlo —por lo cual todavía nadie ha pedido disculpas. Basten estas palabras para recordar hasta qué grado se ha oprimido la verdad en el país.

En la actualidad hay intentos de mejorar, pero no existe todavía una decidida voluntad de verdad. A la verdad se le imponen límites cuando resulta dura y escandalosa, o se decide que mejor es no insistir en ella, pues de esa forma se entorpecería el proceso de reconciliación —como si reconciliación y verdad estuviesen reñidas y no se reclamasen mutuamente.

En el país continúa, pues, como cosa normal, el encubrimiento de la realidad. Con gestos pulidos y elegantes se quiere comunicar que la situación es normal y está bien encaminada. Y más allá de encubrimientos y mentiras, el país tampoco está ofreciendo signos de querer basarse en la verdad. Entre los garantes de la paz, por ejemplo, están civiles y militares que han sido reponsables de horrendos crímenes y/o de su encubrimiento, sin que hasta el día de hoy hayan reconocido la verdad de sus acciones, ni hayan pedido perdón por ellas, y, lo que es peor, sin que se hayan dejado perdonar, rechazando el perdón que se les ha ofrecido. De esta forma se hundan más hondamente en tierra las raíces de la mentira y del encubrimiento.

La verdad sigue oprimida en El Salvador, en palabras de Pablo, y de tal manera está oprimida que sugiere una paráfrasis de estas otras palabras también de Pablo. “¿Quién nos liberará de tanta mentira, tan institucionalizada, como la injusticia y la violencia? ¿Quién puede redimir el encubrimiento y revertir así esa corriente profunda que dirige la historia, la pervierte y deshumaniza?”. Para que la mentira tenga redención, se necesitan, sin duda, muchas cosas: veracidad en los medios, honradez en discursos oficiales, civiles y religiosos, honestidad en el aparato de justicia... Pero es imprescindible que haya personas que estén dispuestos a dar testimonio de la verdad *hasta el final* —lo cual es la forma que tenemos los humanos de decir que realmente amamos la verdad.

El maligno es mentiroso y las tinieblas odian la luz, dice el

evangelio de Juan. Los mártires tuvieron en vida la función difícil y arriesgada —y por ello tan rehuída— de defender la verdad y redimir la mentira. Ahora su recuerdo nos remite a la verdad. Los mártires humanizan y generan esperanza porque dicen que *la verdad es posible*. Y recordemos que la verdad siempre está más en favor de los pobres que de sus opresores, y que, con frecuencia, la verdad es lo único que los pobres tienen a su favor.

b) El amor que redime la crueldad

Los mártires no han sido masoquistas, ni fanáticos religiosos, ansiosos de derramar sangre, la ajena y la propia. Han sido, sí, gente de compasión y de misericordia. Entre nosotros el martirio ha sido ante todo consecuencia de un gran amor a los pobres, a los que sufren injusticia, opresión, represión y muerte. Los mártires —y esto hay que recalcarlo— no han dado su vida por conseguir nada para ellos, ni poder ni riqueza, sino para que las mayorías tengan vida. Por ello son en sí mismos profecía contra la injusticia y utopía de vida.

Por qué al que defiende al débil por amor se le da muerte es el gran enigma de la historia, el misterio de iniquidad. Pero es también la gran pregunta existencial: si seguir defendiendo al pobre en esta historia que da muerte, y si luchar contra el mal sólo “desde fuera o también “desde dentro”, cargando con el pecado de este mundo.

No sé si esta idea de cargar con el pecado es importante en otras corrientes de pensamiento —me temo que no lo sea en el ilustrado mundo de hoy—, pero le es esencial a la fe cristiana, y por cierto, así pensaba Ellacuría, tan invocado ahora en apoyo de todo tipo de pragmatismos inmedatistas y egoístas, y tan silenciado en su exigencia ética de denuncia y en su invitación a propuestas utópicas.

Para esclarecer la especificidad e importancia del “cargar con el pecado”, quizás ayude la siguiente distinción. Hay que *eliminar* el mal, y para ello hay que *combatirlo*, ética y humanamente, de todas las formas posibles. Y cuando esta lucha tiene éxito podemos hablar de *liberación*. Pero hay también que *erradicar las raíces* del mal —valga la redundancia— y revertir así su dinamismo mortífero, y

para ello hay que estar también dispuestos a *cargar con ese mal* hasta el extremo de que pueda anonadar a quien carga con él. Y a eso llamamos *redención*⁵. Mártir es, entonces, el que trata de liberar del mal a la realidad, pero, además, el que trata de redimirla cargando con ella.

Al llegar a este punto pudiera ser que alguien acepte la lógica de la argumentación: si hay martirio es que ha habido amor —misericordia, justicia—, pero podrá preguntar para qué queremos amor si de configurar la sociedad se trata. Más necesaria es la ciencia —y necesaria lo es— y la conjunción de los diversos intereses, aunque sea según la lógica de un egoísmo ilustrado. Pues bien, desde una perspectiva cristiana el amor es necesario para llegar a ser simplemente humano, pero también lo es para que la sociedad llegue a ser humana.

A la pregunta de quién es el ser humano cabal la Escritura responde que es aquel a quien se le remueven las entrañas ante el sufrimiento de las víctimas y, por esa sola razón, las defiende y las sana. Y para el creyente, recordemos unas palabras muy citadas hace años y muy silenciadas hoy: “practicar la justicia, eso es conocerme”, dice Jahvé —palabras que están corriendo la suerte de otras muchas tan citadas en aquellos tiempos: “fe y justicia”, “santidad política”, “Iglesia de los pobres”...

Pero hay que hablar también de la necesidad del amor (justicia, compasión, misericordia) desde una perspectiva política —aunque hace falta ser utópico para abordar siquiera el tema. Todos proclaman ahora cuán buena y necesaria es la democracia. Pero si quedan claros los males de dictaduras y militarismos, no acaba de quedar claro en qué consiste la bondad fundamental de ésta ni sobre qué fundamentos pueden edificarse esos bienes. La tradición occidental los ha formulado como “libertad, igualdad y fraternidad”. En la realidad, sin embargo, se insiste en la “libertad”, la económica sobre todo, que beneficia a los pocos, y que casi siempre es usada en provecho propio y en contra de las mayorías. Sobre la igualdad y la fraternidad no se dice prácticamente nada, ni siquiera en el discurso teórico. Muy poco se habla de igualdad y nada de fraternidad. En la actualidad la relación entre ricos y pobres es de 1 a 60, y entre los más ricos y los más pobres es de 1 a 180. Así van las democracias, sin fraternidad y sin amor.

Y así lo experimentamos también entre nosotros después de la guerra y con democracia. Rige la violencia, un asesinato cada hora, unos 9,000 al año. Rige el enriquecimiento rápido de unos pocos y rige una corrupción rampante. El foro de concertación económica, uno de los acuerdos de paz con el que se buscaba distribuir de forma más justa lo que producen los salvadoreños, es el que más estrepitosamente ha fracasado. El clamor de los pobres no llega a los oídos de los que buscan —antes, durante y después de la democracia— el enriquecimiento. No hay un abajamiento de los que viven en abundancia escandalosa a los que viven en escandalosa miseria. Y cuando se inovoca el “rebalse”, el día en que las migajas de la mesa del rico Epulón llegarán hasta el pobre Lázaro, se hace con el deseo de que así sea para que no tenga que cambiar mucho la situación de los opulentos. Los pobres han escuchado lo del “rebalse” —o su equivalente— durante años. Y siguen esperando. Los ricos no han dado todavía un paso serio hacia la reconciliación.

Por qué es esto así es, de nuevo, el gran enigma de la historia, el misterio de iniquidad. Y es también la gran pregunta existencial: si merece la pena defender a la víctima y luchar contra el verdugo o es mejor rendirse al *carpe diem*. Y si la decisión es la de seguir luchando, queda la otra pregunta: si luchar sólo “desde fuera”, con el poder de la palabra, el poder social, político, intelectual, o luchar también “desde dentro”, cargando con el pecado y la crueldad de este mundo.

Volvamos a parafasear a Pablo. “¿Quién nos liberará de tanto desamor, de tanta injusticia, de tanta crueldad?” De nuevo, muchas cosas son necesarias para conseguirlo: modelos económicos, conjugación de intereses políticos, desarrollo de ciencia y tecnología. Pero también son necesarios signos eficaces, aunque sea a la manera de levadura, que muestren que se puede vivir de otra manera, con amor a los pobres de este mundo. Que muestren que desde ese amor —no desde el propio provecho, el del propio partido o el de la propia Iglesia— se puede comenzar a revertir la historia.

El maligno es *mentiroso*, decíamos antes. Añadimos ahora, en la misma tradición de Juan, que el maligno es *asesino*. Por eso, quien ama en verdad tiene que estar dispuesto al martirio. Esta es la

tragedia que muestra el asesinato, pero el martirio, a su vez, muestra que ha habido un gran amor. *El amor es posible*, dicen los mártires, y de esa forman humanizan.

c) La esperanza que redime el desencanto

En el país se necesita urgentemente verdad y amor. No son éstos los únicos bienes, por supuesto. No son los bienes políticos que parecen ser los más decisivos, y ciertamente no son los bienes económicos de los que estamos tan urgidos. Pero mal construiremos un mundo distinto sin los bienes sociales de la verdad y del amor.

Indudablemente hay que historizarlos, pero historizarlos no significa desvirtuarlos ni manipularlos ni, menos, anularlos. Hay que hacer propuestas positivas, pero que versen sobre el *ámbito de la verdad*: investigación y administración de justicia, uso y finalidad de los medios de comunicación, sistema educativo, ideologías necesarias... Y que versen sobre el *ámbito del amor*: economía para la vida de las mayorías, salud, derechos humanos, vivienda, ecología...

Además de remitir a estos ámbitos de realidad, la verdad y el amor son también muy importantes porque introducen mística en un mundo sin alma. En el último aniversario de Monseñor Romero escribíamos que su recuerdo, y el de todos los mártires, es muy necesario en el momento actual para introducir "conversión en la transición", "reconciliación en los pactos", "compasión en las medidas económicas", "solidaridad en la globalización", "utopía en el pragmatismo". Queremos terminar ahora diciendo que los mártires son muy necesarios para introducir "esperanza en el desencanto". Y la esperanza es necesaria porque con ella la vida tiene sentido y sin ella sólo queda el desencanto o la huida.

Es cierto que la historia va generando nuevos cauces —aquí en El Salvador hemos pasado de la guerra a la postguerra. Pero incluso cuando en el nuevo cauce se superan algunas aberraciones del anterior o, en positivo, surgen algunas mejoras —y nada digamos si persisten lacras importantes del pasado— es necesario imbuirlo de esperanza, que anime a trabajar por un mundo justo con generosidad y sin egoísmo, con audacia y sin desidia. Para

empujar lo positivo y erradicar lo negativo se necesita esperanza y la pregunta es de dónde sacarla. Aquí en El Salvador la esperanza ha provenido y proviene en buena medida de los mártires. No sólo de ellos, pero sí muy principalmente de ellos —por escandaloso e ingenuo que esto suene.

Cierto es que para quienes entienden por esperanza expectativas favorables al medro personal, basta como motor el egocentrismo y los estímulos sociales que nos ofrece la civilización actual. Pero la esperanza es otra cosa. Es la convicción de que en la realidad existe una bondad última, indestructible, la convicción de que es posible vivir como familia humana, la convicción de la promesa: lo humano es posible y será una realidad.

Esta esperanza la generan aquellos hombres y mujeres que, a pesar de todo y en contra de todos los obstáculos de una civilización egoísta, nos ofrecen generosidad, decisión de dar vida a los pobres, aunque en ello les vaya a ellos la propia vida. En una palabra, la esperanza procede del amor. Y si la expresión parece inadecuada por meliflua, piénsese qué otra realidad genera esperanza.

Esta esperanza que se remite a los mártires la hemos visto a raudales aquí en El Salvador, pero por todas partes se intuye que la esperanza vive del amor de los grandes testigos. Simone Weil, Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King, Ita, Maura, Dorothy y Jean, podrán ser más o menos actuales por lo que toca a sus praxis concretas y a su pensamiento teórico. Pero cuando los seres humanos buscan luz y ánimo para seguir caminando en la historia, en justicia, ternura y humildad, y cuando buscan transformarla y revertirla, siempre se vuelven a personas como ellos. Francisco Escobar, al recibir en casa presidencial, el 3 de noviembre, el Premio Nacional de Cultura, dijo estas admirables palabras, mezcla de constatación y de esperanza: "Masferrer, Monseñor y Ellacuría ponen los fundamentos de nuestra nacionalidad ética".

También Ignacio Ellacuría, el intelectual, el prático y realista, se volvía a los mártires en busca de esperanza.

*Toda esta sangre martirial derramada en El Salvador y en toda América Latina, lejos de mover al desánimo y a la desesperanza, infunde nuevo espíritu de lucha y nueva esperanza*⁶.

Y por último, Jesús de Nazaret. Hace años escribió Jürgen Moltmann unas palabras que no he olvidado: "No toda vida es ocasión de esperanza, pero sí lo es esta vida de Jesús, que tomó sobre sí en amor la cruz y la muerte"⁷.

* * *

Hoy, como a lo largo de la historia, los mártires hacen presentes verdad y amor en una sociedad mentirosa y cruel. En vida dijeron la verdad y practicaron la misericordia y el amor hasta el final. Ahora, su recuerdo es juicio a nuestra sociedad, y es, a la vez, fuente de esperanza y ánimo para reconstruir nuestro país. A la manera de levadura, son signos de que es posible liberar y redimir la realidad, y revertir la historia. Con ellos la historia va dando más de sí y se convierten en sacramentos de humanización.

En noviembre de 1990, en el primer aniversario de los mártires de la UCA, José Ellacuría, S. J., hermano de Ignacio, que había vivido el "milagro" de Taiwan, nos dijo que lo que más le había impresionado de su visita a El Salvador es haber constatado que "se puede vivir de otra manera". Hasta el día de hoy ésa es la herencia de los mártires. Y con ella "se puede construir el país de otra manera".

Jon Sobrino

Notas

1. Cuando me pidieron escribir este editorial para la revista REALIDAD, lo acepté con gusto como pequeño homenaje a los mártires de la UCA y de todo el país. Dada la premura del tiempo, sin embargo, sólo me ha sido posible ampliar y actualizar lo que sobre los mártires he escrito en otros lugares; en concreto, "La esperanza y los mártires". ECA, 553-554, 1994, p. 1254-1260; "Monseñor Romero hoy. Camino de vida signo de contradicción", ECA, 557, 1995, 167-183. Algunas repeticiones han sido, pues, inevitables.
2. Véase J. Sobrino, *Jesucristo Liberador* pp. 434-439.

3. *Conversión de la Iglesia al reino de Dios* (San Salvador 1985).
4. No nos podemos detener ahora en este punto. Baste decir que estaría justificada la inquietud de recordar a los mártires sin recordar y proseguir al mismo tiempo su vida concreta, en este caso, su compromiso universitario. Véase "Número monográfico. XXX Aniversario de la UCA. VI Aniversario de los mártires". *Proceso*, 685, 1995.
5. En este sentido hablaba Ellacuría, por ejemplo, de "redimir la violencia". Véase, "Violencia y cruz", en *Teología política*, San Salvador, 1973, 95-127.
6. "Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?", *Revista Latinoamericana de Teología*, 1990, 21, p. 281.
7. *Umkehr zur Zukunft*, Hamburg, 1970, 76.

